

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR 104



WILL ROGERS
MARGUERITE CHURCHILL

EDICIONES BISTAGNE

**EMBAJADOR
SIN CARTERA**

TAYLOR, Sam A.

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO III Francisco-Marío Bistagne Núm. 104

* *Ambassador Bittl,*
Embajador sin cartera

Deliciosa comedia americana,

Interpretada por

WILL ROGERS, MARGUERITE CHURCHILL,

GRETA NISSEN, etc.

y Ray Willand

Es un film **FOX**

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

POSTAL - REGALO: CHARLES STARRET

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

* st. Zúñiga, en "Una historia del Cine"
Volum II pág. 223, el T. en castellano fue
"El negocio ante todo"



Prohibida la
reproducción

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Embajador sin cartera

Argumento de la película

En Sylvania las revoluciones estaban a la orden del día. No había semana que no hubiese por lo menos tres o cuatro movimientos de protesta.

El embajador de Norteamérica era un hombre ya muy viejo, que sufría de los nervios a causa de las continuas impresiones que se experimentaban en la capital.

Aquella mañana, mientras jugaba al ajedrez con uno de sus secretarios, se empezó a oír un intenso tiroteo que pronto llenó todos los ámbitos de la ciudad.

—Es la primera revolución de la semana, señor.

—Con semejantes interrupciones es imposible jugar...

—¿No va Su Excelencia a recibir al embajador extraordinario?

—¿Para que me maten? No en mis días... Ya vendrá solo, si quiere.

Porque a causa de estar muy enfermo el embajador, el Gobierno pensaba jubilarle en breve plazo, y entretanto mandaba a Sylvania para concertar un tratado comercial, al señor William Harper que tenía amplios poderes para ello.

Harper no había sido hasta entonces más que un ganadero de Oklahoma, un hombre tosco, ingenuo a veces, malicioso otras, pero de gran inteligencia y honradez. Conocedor de los asuntos comerciales a que había de referirse el futuro tratado, su Gobierno le enviaba a Sylvania con el propósito de obtener grandes ventajas.

Aquella misma tarde llegaba en avión mister Harper. Al volar sobre la ciudad, sintió los estampidos de la revuelta.

Sonriente, con aquel optimismo que era su mayor ejecutoria, Harper contó:

—Diez y nueve... veinte... veintiuno. ¡Me están saludando como a un rey!

—¡Oh, no es eso! Están jugando a la revolución—le contestó el piloto.

Aterrizaron en las cercanías de la capital, y Harper comentó, extrañado:

—No ha venido nadie a recibirme.

Pero un piquete de soldados avanzó hacia ellos y empezó a disparar, tomándolos por revoltosos. Harper se descubrió respetuosamente, creyendo que hacían salvas en su honor. El piloto, cogiéndole por un brazo, le obligó a buscar refugio en una puerta.

—¡Señor! ¡Qué imprudencia!... Esto no es

un Comité de recepción... Esto es la revolución cotidiana.

—Sí que es tranquilo el país.

—Jamás habrá paz mientras De Polikoff esté en el poder. Es el hombre más odiado del país.

—Usted conoce la política de aquí. ¿Vive en la ciudad?

—No, señor—contestó el piloto, que era joven y de aspecto simpático—. Soy un aviador de Berlín... Pero, mire, ahí viene el auto de la Embajada a recogerle...

—¡Si eso parece un tanque blindado!

—Y lo es. Hay que adoptar toda clase de precauciones.

El auto se detuvo ante ellos y el chofer, encerrado en una garita de hierro, abrió la puerta para que se acomodara el enviado extraordinario.

—¿No me acompaña usted?—preguntó Harper al aviador.

—Debo marcharme.

—Tenga, para que se tome una copa.

—No acepto propinas.

—Es usted el primero que me ha dicho semejante cosa.

Y Harper, sonriendo afectuosamente, se despidió de él y entró en el coche.

Al cabo de un cuarto de hora llegaban a la Embajada, donde salió a recibirle un diplomático, quien, al ver las maneras rudas de Harper, se preguntó mentalmente qué clase de hombre era aquél.

Tras fuertes apretones de manos, Harper le preguntó:

—¿Es usted el embajador?

—No, señor. Soy el primer secretario. Ahí viene el embajador señor Monty.

Salió el vejete a saludarle, y sus maneras finas y cortes chocaron con las de aquel antiguo ganadero, hombre campechano y cordial que de todo el mundo se reía.

Todavía se oían disparos, y Monty, que experimentaba sacudidas nerviosas a cada nueva detonación, se excusó de permanecer más con Harper, pues iba a refugiarse en su despacho. Unas granadas estallaron cerca del edificio, con tan formidable estruendo, que Monty empezó a temblar, dando gritos de que le habían herido, aunque se pudo comprobar inmediatamente que todo era aprensión.

Otro funcionario se acercó a Harper para ponerse a sus órdenes.

—Soy el segundo secretario, señor.

—¡Caramba! Parece que los secretarios abundan por aquí. ¡Y qué bien deben nasarlo en este palacio! ¡Vaya lujo y vaya muebles!

Los dos funcionarios se contemplaron aterrizados ante aquellas maneras plebeyas.

—Ojalá que al ser presentado a la reina no se meta las manos en los bolsillos—comentó uno de ellos en voz baja.

—O le dé una palmadita en la espalda.

—¿Qué puede esperarse de uno que se crió entre el ganado?

—Si apenas sabe inglés, ¿cómo va a hablar francés?

Interrumpieron sus comentarios para acompañar a Harper a visitar el palacio.

—Aquí duerme Mr. Monty, el embajador—le dijeron, mostrándole una lujosa habitación.

—Buen cuarto... pero demasiada cama para un soltero.

—Le enseñaremos ahora la habitación que debe usted ocupar...

A Harper le pareció de perlas la nueva estancia. Los secretarios se despidieron de él, y el diplomático permaneció un largo rato en su cuarto hasta que llegaron de nuevo los dos funcionarios.

—Señor Harper. Debe usted prepararse, pues hoy mismo ha de presentar sus cartas credenciales. La reina le ha concedido ya audiencia.

—Será la primera vez que hablo con la realeza.

—¿Me permite que le ayude a ponerse el traje de frac, señor?

—No, gracias. Sé vestirme sin ayuda de nadie.

Pero al ir a ponerse los pantalones de etiqueta, vió, desagradablemente sorprendido, que sólo alcanzaban hasta las rodillas.

—¿Qué es eso? ¿Cómo voy a vestir así tan corto?

—No es corto, señor. Es el traje de etiqueta protocolario.

—Pues yo no me lo pongo ni a tiros. Si lo que quieren ver son mis canillas, con arremangarme los pantalones basta...

—Pero es de etiqueta...

—¡Etiqueta! ¡Protocolo! ¡Bah!... ¿No cree que basta con que me porte correctamente en la presentación?

—Claro, pero...

—¿Y qué tal es la reina?

—¡Muy amable!

—¿Y el niño? Traigo un regalo para él... Después de todo, no es más que un niño de ocho años... y debe gustarle un traje de vaquero.

Y mostró a los secretarios un pequeño traje de cowboy norteamericano con que pensaba obsequiar al príncipe.

¡Qué hombre aquél! ¡Temían que les hiciera

caer la cara de vergüenza! ¿No hubiera podido enviar el Gobierno alguien más acostumbrado al trato social?

¡Milagro sería si no les ponía en ridículo ante la corte!

* * *

Aquella noche presentó el nuevo embajador sus cartas credenciales a la reina, bellísima mujer que estaba sentada en su trono, teniendo a su vera a su hijito.

Asistía a la recepción lo más florido de la corte, que contemplaba con cierta ironía mal disimulada al señor Harper, que con las manos en los bolsillos miraba de modo risueño tan deslumbrante lujo.

Cerca de la reina se hallaba la condesa de Falth, rubia preciosa y gran amiga del príncipe Polikoff, el actual canciller del país, que acababa de sofocar con completo éxito la revolución iniciada aquel mismo día.

El señor Monty, el embajador decrépito y triste, presentó a Harper.

—Majestad, permitidme presentaros al embajador Harper.

Harper, risueño y plebeyo, besó la mano que la reina le alargaba, y luego, ante la estupefacción de todo el mundo, acarició las mejillas del príncipe.

—Le traje al niño unos regalitos como los que agradan a nuestros niños americanos... Pero no le diré aún lo que son para que la sorpresa sea más agradable.

Y empezó a reír y a moverse grotescamente,

causando la sorpresa de toda la corte ante aquel proceder poco diplomático.

—¡Me voy a desmayar!—dijo Monty.

—¡Y yo también!—indicó el jefe de la casa militar de palacio.

Empezó a contar Harper algunos hechos curiosos de sus campos de ganado, y la reina, espíritu democrático, le escuchó con atención... Pero de pronto Harper se interrumpió, y pareciéndole que el niño se dormía, dijo:

—¿No es hora ya de que el príncipe esté acostado?

—¡Oh, no, señor!—contestó el jefe de la casa militar—. Las recepciones palaciegas, siempre son a esta hora.

—Pues en mi país los niños se acuestan temprano.

—¿Tiene usted niños?—le dijo la reina, sonriente.

—No... y estoy loco por ellos. Me gustaría adoptar uno como éste.

Y señaló con campechanería al heredero.

La reina sonrió y los demás palaciegos se miraron aterrados ante aquella falta de respeto.

Nunca en su vida se habían encontrado con un embajador tan tosco. Indudablemente sería un gran comerciante, pero en cuanto a diplomático, se hallaba a un nivel inferior.

En aquel momento llegó Su Alteza el príncipe de Polikoff, algo pariente de la reina, hombre engreído y que tenía a la nación en un puño.

Saludó a la soberana y a su hijo y luego estrechó la mano, con cierto aire burlón, al nuevo embajador, quien comentó con uno de los secretarios:

—¿De modo que ese es el príncipe de Polikoff?... ¿Y es con esa cara de estaca que tengo que negociar mi tratado comercial?

—El no quiere su tratado porque se está enriqueciendo vendiéndoles pertrechos a las fábricas de Sylvania.

—Un timo, simple y puramente.

—Obligó al rey a abdicar.

Mientras tanto, Polikoff hablaba con varios magnates y se burlaba con ellos del especial proceder de Harper.

—¿Cómo nos habrán mandado a ese original sujeto?

—Creo que le han encomendado la misión del tratado, porque es muy astuto.

—Si viene con artimañas, conmigo no le han de valer.

La reina parecía dar muestras de cansancio, y disimuladamente se quitó uno de los zapatos, detalle que fué recogido por Harper, quien empezó a decir:

—A la reina le duelen los pies.

—¡Pero, señor Harper!—le rogó Monty, aterrado.

—Se lo voy a preguntar... Majestad, ¿le duelen los pies?

—¿A mí? ¡No, no!...

E inmediatamente se volvió a poner el calzado.

—¿Qué le parece si acabásemos la fiesta, majestad?... Además, el pobre niño está un poco pálido... Me gustaría venir a verle y enseñarle a jugar al base-ball. Eso le pondría bien del todo.

Su ingenuidad pareció agrandar a la reina, que tal vez estaba desengañada de la hipocresía y de la seriedad fingida de los palaciegos.

—Se lo agradecería que viniese, señor Harper.

—Pues mañana por la mañana me tendrá vuestra majestad aquí. ¿Querrás jugar conmigo, niño?

—Sí, señor...

—¡Qué bien! Ande, vaya ahora a descansar. Veo que están todos rendidos de sueño.

La reina y su augusto hijo se retiraron, seguidos de su corte de honor, mientras que todos los presentes se hacían cruces del atrevimiento de aquel famoso embajador, que no reparaba en cortesías.

—¡Ha suspendido la recepción! ¡Es el colmo! Harper comentó al oído de Monty:

—¡Es lástima que el rey haya dimitido!

—La política interna del país no concierne a nuestra Embajada—le contestó severamente su antecesor.

—¿Política? Yo sólo estoy pensando en una mujer muy buena, en un precioso niño y en un hogar destruido.

—Pues nada de eso debe preocuparle.

Harper se despidió de todo el mundo afectuosamente y volvió a la Embajada, pareciéndole que la corte no era cosa tan imponente como había creído antes de conocerla.

* * *

Aquella noche, cuando el niño se había ya dormido y la reina se disponía a desnudarse, entró furtivamente en la habitación un hombre joven, vestido de militar.

La reina, al verle, ahogó un grito.

—¡Sal de aquí inmediatamente!

—¿Y por qué?... ¿Qué tiene de particular que un hombre entre en los aposentos de su esposa?

—Yo no soy tu esposa.

—¿Que no lo eres?

—Me abandonaste por otra mujer.

—Eso es falso. Todo fué un complot de Polikoff, que me odia a muerte porque sabe que yo no le quiero en el Gobierno... Firmé mi abdicación para asegurar la corona para nuestro hijo, pero comprendo que es preciso reconquistar el trono, porque tú eres débil y te dejas dominar por Polikoff. Y, además, quiero tu cariño.

—No puedes tenerlo.

—Es preciso que me creas.

Y la besó cálidamente, y por un momento la reina pareció entregarse a la delicia de aquel beso de amor. Pero al fin reaccionó, pues creía que su marido le era infiel, cosa inexacta, infame complot urdido por Polikoff.

—¡Vete, vete!

—¡No!

—Llamaré al centinela si no te vas.

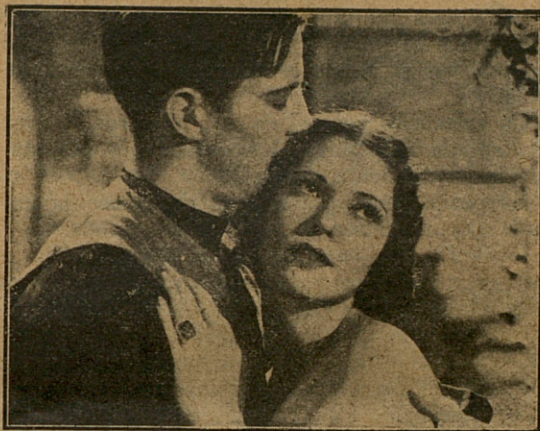
—¡Llámalo!

—Pero, por favor, ¿no comprendes que viniendo aquí me comprometes a mí y a Paul? Y eso para mí significa más que un amor que ha muerto...

Desesperado por aquellas frases que no le daban lugar a esperanza alguna, salió el monarca, pero unos centinelas le vieron saltar la terraza y comenzaron a disparar contra él, mientras otros corrían a dar parte al canciller Polikoff de que les parecía que habían visto salir al rey de las habitaciones de la soberana.

Polikoff se puso al frente de los soldados,

pues odiaba implacablemente al ex monarca, enemigo acérrimo suyo, y comenzó a perseguirle por las calles mal iluminadas de la ciudad.



Y la besó cálidamente...

La distancia entre ambos se acortaba, y el ex rey, viéndose perdido, llamó casualmente a la primera casa que encontró en aquella calle y que correspondía a la Embajada norteamericana.

Un criado abrió la puerta y entró el ex rey, dando muestras de gran agitación.

—¡Por favor... acójame ustedes!... ¡Van a detenerme!

Harper y los secretarios salieron a su encuentro, y el primero experimentó una profunda sorpresa al ver ante él al aviador que le había conducido a la capital.

—¡Caramba, mi amigo! ¡Qué elegante va usted!

—Soy el rey y le suplico me ampare...

—¿Usted? ¿Vuestra majestad?

—¡Sí!... Para venir aquí no tuve otro remedio que sustituir al piloto,

—Es para mí una gran satisfacción... Vaya, acompañen al señor a las habitaciones posteriores y a ver si puede escapar por la puerta de atrás.

Un secretario guió al ex rey, mientras Harper se disponía a recibir a los soldados que llamaban insistentemente.

Harper ordenó que se les franquease la entrada y aparecieron Polikoff y su gente.

Polikoff, con cara de pocos amigos, dijo a Harper que había visto entrar allí al ex rey y que era preciso que se lo entregasen.

Con una gentil sonrisa, Harper contestó:

—¿Que si está aquí el ex rey? ¿Quiere usted decir el marido de la reina?

—Sí, señor.

—A mí no me lo han presentado.

—Hay que registrar la casa.

—¿Que registren la Embajada? Eso no lo permite la ley internacional.

—No obstante, hay que hacerlo. Debemos capturar a ese hombre.

Volvió el secretario y dijo a Harper en voz baja que el ex rey estaba ya fuera. Y el embajador concedió entonces generosamente:

—Aunque sea una violación de la ley, entren ustedes.

El registro fué infructuoso. Y Polikoff tuvo que marcharse enfurecido contra Harper, al que tenía metido entre ceja y ceja, pues sabía que venía para proponer un tratado que iba a perjudicar los intereses particulares del canciller,

que sin competencia alguna realizaba toda clase de negocios.

* * *

Al día siguiente, tal como lo había prometido, Harper fué al palacio real y allí enseñó a jugar al base-ball a su alteza el príncipe Paul.

Llevaba ya varios días de entrenamiento.



Llevaba ya varios días de entrenamiento.

Con la anuencia de la reina, Harper había hecho entrar en los jardines de palacio a varios muchachos que jugaban bien al base-ball y que pronto hicieron un partido con el príncipe, que parecía demostrar grandes condiciones para aquel juego.

El jefe de la casa militar se hallaba muy disgustado ante la tolerancia de la reina, que, de maneras democráticas, permitía que su hijo se dedicara a los deportes.

Conversaba acerca de ello con el senador Pillsbury, venerable personaje del Comité de Relaciones extranjeras.

—El rey está adquiriendo modales americanos. ¡Y a eso no hay derecho!

—Parece que el señor Harper le ha caído bien a la reina.

Harper, prescindiendo de los comentarios de todo el mundo, daba lecciones al príncipe:

—¿Qué hizo Babe Ruth, el gran jugador de pelota, cuando le silbaron?

—Pues tan fresco, como si tal cosa e inmediatamente hizo dos "home runs".

—¡Muy bien, alteza! Debe imitarlo en todo. Prosiga el juego. Vuestra alteza debe mirar de parar las buenas pelotas, pero debe dejar pasar las malas.

Uno de los muchachos empezó a lanzar pelotas contra el augusto niño, que las detenía perfectamente o las dejaba pasar, según las instrucciones de Harper.

El general, temeroso, se atrevió a decir a Harper:

—¿No hay peligro de que su alteza reciba un pelotazo?

—Son gajes del oficio, señor.

De pronto se suscitó una disputa entre el príncipe y uno de los muchachitos de su bando. A causa de haber fallado su alteza unas de las jugadas, un chico protestó enérgicamente.

—¿Estás tratando de regalarle el partido?

—¡Anda a hacer gárgaras!—le respondió el

príncipe, copiando el lenguaje plebeyo que usaba Harper.

—¿Pero ha oído usted?—dijo el general a Harper.

—Sí. Simplemente le ha dicho que haga gárgaras... que son muy saludables.

—¡Qué ordinarietà!

El príncipe y el otro jugador empezaron a discutir, y su alteza, enfurecido porque el otro le negaba la razón, le dió un puñetazo en la cara, a lo que contestó su adversario propinando otro golpe en las narices reales.

Se armó gran escándalo. El general estuvo a punto de ahogar al atrevido que había zurrado la badana al príncipe. Pero Harper corrió a librar de las iras al muchachito.

—¡Miserable!—gritaba el general—. Vamos a juzgarte en Consejo de guerra...

—¡Hombre!—dijo Harper—. No hay para tanto. ¡Alteza, dígame que no le hagan nada!

—¿Por qué no? ¿Acaso no me pegó?—contestó sulfurado el hijo de reyes.

—Pero Vuestra Alteza le pegó primero.

—Le mandaré fusilar.

—No puede Vuestra Alteza fusilar a la primera base... Si fuese el árbitro, menos mal.

—¡Nada... nada!—dijo el general—. A este muchacho se le castigará.

Harper no quiso continuar el partido, disgustado por el castigo que infligían a aquel jugador. Y el príncipe le dijo de pronto:

—Oiga, Harper, ¿Babe Ruth hubiera pegado a un adversario?

—Desde luego que no.

—Pues si me da una satisfacción, se lo perdonaré. Y aun sin ella, también le perdonaré.

El embajador besó al augusto niño.

—Babe Ruth se sentiría orgulloso de vuestra alteza.

El otro jugador corrió a pedir perdón al príncipe y el incidente terminó de una manera feliz, aunque el jefe de la casa militar no acababa de estar satisfecho de tanta generosidad.

Llegó la reina, y Harner le comunicó lo que había sucedido, haciendo un gran elogio del proceder del niño real.

—Le agradezco mucho sus bondades para con Paul, señor Harper.

—Es una gran satisfacción el poder educarle.

—El necesitaba buenos consejeros... como usted.

—Pero no como Polikoff.

—¿Y por qué?

—Porque sólo le aconsejaría en beneficio propio. No confíe usted en él. Creo que es hombre capaz de cualquier cosa. La hizo pensar a vuestra majestad mal hasta de su esposo.

—No deseo hablar de eso.

Y con un gesto de fatiga entró en las habitaciones de palacio en compañía de su hijo, y de Harper, y seguida a alguna distancia del senador, el general y otros magnates.

—Créame usted—siguió diciendo Harper, que durante aquellos días había tenido varias entrevistas secretas con el ex rey, enterándose de todos los pormenores de la política nacional—, su marido es un hombre valeroso... Arriesgó su vida por verla a usted.

—¿Sabe usted si está a salvo?

—Sí, lo está... y sé hasta dónde se esconde...

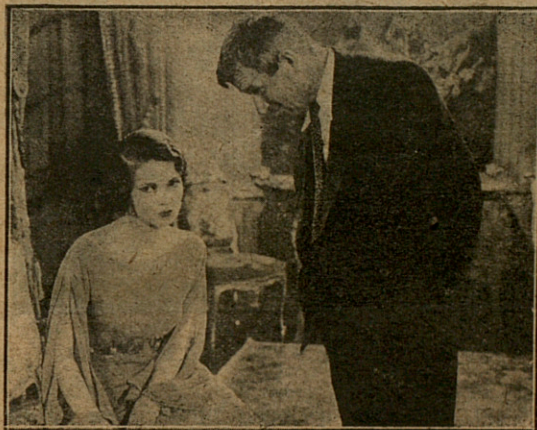
¿Quiere su dirección?

Meditó unos instantes la reina y contestó:

—Dígale que me alegro de que escapara, pero que no debe volver.

—Está enamorado y volverá.

La reina se despidió del embajador, llena de melancolía. Las palabras de Harper parecían haber hecho resurgir en su corazón el viejo amor de otros tiempos que las intrigas palaciegas deshicieron.



—Está enamorado y volverá.

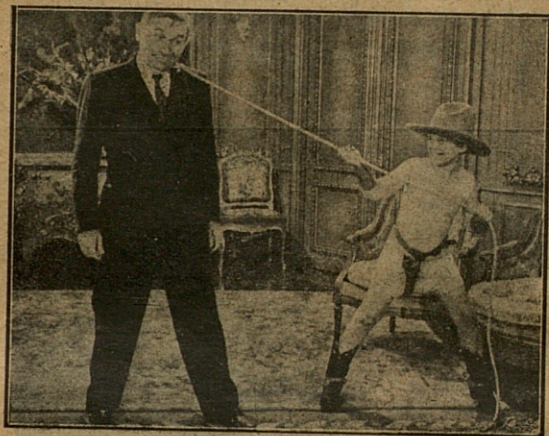
Harper, sonriente, enseñó al príncipe el traje de vaquero que le regalaba y que el pequeño se vistió rápidamente, dando la sensación de un verdadero cowboy americano.

Después le enseñó a manejar la cuerda, trazando con ella bonitas y caprichosas figuras.

—Bueno, señor, creo que ya es hora de que vuestra alteza vaya a la cama.

—¡Adiós, señor embajador!

—Y no se quite las espuelas. Los vaqueros duermen con ellas puestas.



Después le enseñó a manejar la cuerda.

El príncipe se retiró a sus habitaciones y Harper marchó de nuevo a la Embajada, contento de la amabilidad de las personas reales y deseoso de que el rey pudiera ocupar otra vez el trono.

* * *

Durante varios días Harper celebró conferencias con el senador Pillsbury para estudiar el tratado comercial entre los dos países. El senador se mostraba un poco reservado, pues por una parte, la reina era partidaria de realizar

aquel convenio, mas por otra, Polikoff, el verdadero amo del país, era completamente opuesto al mismo.

Cierta noche se celebró en el Ministerio de Estado una fiesta a la que concurrió el mundo diplomático.

Harper permaneció casi siempre con el senador y otros personajes, tratando de convencerles, entre copa y copa de licor, de la necesidad de efectuar aquel tratado mercantil.

La condesa Falth, íntima amiga de Polikoff, pasó la noche en servicio de espionaje, deseando averiguar todo cuanto se refería al tratado.

Monty, el antiguo embajador, no demostraba demasiada satisfacción ante las risas plebeyas y la poca distinción de su compañero.

—Vamos, Monty, ánimo... ¿Quiere usted una copita?—le dijo Harper.

—¡No, gracias! Respeto la Constitución americana.

—Pero la Constitución de Sylvania es diferente... y aquí estamos en Sylvania.

—Hemos de dar ejemplo. ¿Qué cree usted que habrían hecho Washington y Lincoln?

—Pues tomarse unas copitas.

Y rió a carcajadas, bebiendo otra vez y casi tambaleándose bajo el imperio de una excesiva alegría.

—Su conducta no es muy correcta, Harper.

—He estado tratando de arreglar ese tratado con algunos amigos... Y he logrado que se pongan de mi parte ciertos personajes.

—Esas son intrigas de baja estofa. No debemos mezclarnos en los asuntos interiores de otras naciones.

—Sí; pero siempre lo hacemos.

La condesa Falth, bellísima mujer, de mirada

fascinadora, que había estado antes hablando con Harper, quien no se sintió ni poco ni mucho interesado por ella, se dirigió a hablar con Polikoff, que no dejaba de observar a los diplomáticos.

Ella le comunicó cuanto había oído, así como le indicó la simpatía que parecía demostrar Harper en todo momento por el rey destronado.

—Si empleo la fuerza—se lamentó Polikoff, —Harper jugará su mejor carta y no sólo conseguirá el tratado, sino que restaurará al ex rey.

—Sería horrible.

—Yo no sé dónde está el ex rey; pero Harper sí lo sabe. De eso estoy seguro. Le protege y conspira. Hay que vigilar mucho.

La fiesta se prolongó hasta primeras horas de la mañana, y el canciller se marchó muy preocupado de que Harper pudiera llevar a cabo sus propósitos.

* * *

A la otra noche se celebró una fiesta en los jardines de la Embajada de los Estados Unidos.

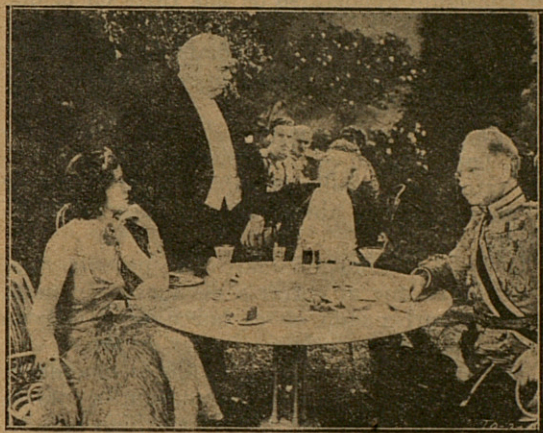
La reina se dignó honrar con su asistencia el festival, y Harper y Monty le rindieron su homenaje.

Asistía también lo más granado de la corte: el canciller Polikoff, la condesa Falth, el senador Pillsbury y otras personalidades significadas.

Hubo baile, concierto, cantos, una cena fría... y a la hora de los brindis, el senador pronunció un elocuente discurso, interrumpido en voz

baja por las frecuentes ironías de Harper, que no tomaba apenas nada en serio.

De pronto Harper cambió de expresión, y en voz baja, pero no lo suficiente para que no lo oyera la condesita Falth, dijo a su majestad:



La reina se dignó honrar con su asistencia el festival.

—Tengo una carta de él para vuestra majestad.

—¡Quémela!

—La quemaré esta misma noche.

La reina hizo un gesto angustioso.

—Soy una tonta... ¡Tráigala! Quiero ver lo que me dice. ¿Será verdad que me ha querido?

La condesa se levantó y fué a hablar con Polikoff, a quien comunicó aquella noticia.

—Si pudieses quitar la carta antes de que fuera el embajador...—le dijo el canciller.

—Voy a probarlo.

—Te espero en el jardín.

Salió la condesita y con todo sigilo subió a las habitaciones del embajador.

Llegó al cuarto de éste, y abriendo un secreter consiguió apoderarse de una carta en la que el ex rey hablaba a su esposa de su firme propósito de reconquistar inmediatamente el trono por la fuerza de las armas, pues no podía vivir separado de ella.

Loca de alegría guardóse la carta en el escote, pero cuando se preparaba a salir, oyó pasos y tuvo que ocultarse rápidamente detrás de la puerta, que se abrió dejando paso al embajador.

La condesita intentó marchar... pero la fatalidad quiso que al cerrarse de nuevo la puerta quedase aprisionado en el hueco de la misma su vestido y no se pudiera mover de allí.

Harper, que no se había dado cuenta de la presencia de la condesa, buscó inútilmente la carta y dióse cuenta de que se la habían robado.

Alzó los ojos y se fijó entonces en la condesita.

—¿Usted en mi cuarto? ¡Ah, comprendo! Deme inmediatamente esa carta.

—¡No la tengo!

—¡No mienta usted! ¡Deme la carta!

Se abalanzó sobre ella e intentó registrarla, pero la condesa, que era mujer que no tenía demasiados escrúpulos, se quitó su vestido y de esta manera pudo quedar libre.

Y avanzando hacia la ventana, lanzó la carta al jardín, siendo recogida por Polikoff, que esperaba abajo.

Harper no había visto esas maniobras, pero empezó a luchar con la condesa, junto a la ven-

tana, pretendiendo registrarla por si guardaba aquel importante escrito.

—No se preocupe usted... porque la he tirado por la ventana—dijo ella, riendo.

—¡Es usted una miserable!

Y la cogió rudamente por los brazos, sin que ella, a pesar de sus esfuerzos, pudiera huir.

Pero quiso la casualidad que su majestad la reina pasease por el jardín acompañada de Monty y de unos altos dignatarios, esperando la vuelta de Harper.

Y desde el jardín presenciaron todos un espectáculo inesperado. Vieron al embajador abrazar—ésta era la sensación que daba desde abajo—a una dama que iba casi desnuda...

La reina sintió la ofensa de aquel vil comportamiento... E inmediatamente dió orden de abandonar la Embajada.

Por otra parte, el senador sorprendió en su cuarto a Harper con la condesita en ligerísimo atavío.

Por fin la condesita pudo escapar, y Harper, furioso por su derrota, se dirigió al jardín donde la reina iba a tomar el automóvil.

Quiso acercarse a ella para notificarle lo ocurrido, pero el jefe de la casa militar le impidió el paso.

—Su majestad le da las buenas noches.

—Pero ¿se va así, sin decirme nada?

—Su majestad le observó a usted desde el jardín.

Harper quedó anonadado. ¡Buena la había hecho! ¿A que habrían creído que él y la condesa?...

Monty le miró furioso y le dijo:

—Su conducta es incalificable. Mandaré un

cable a Washington pidiendo su inmediato relevo.

En vano intentó defenderse. Había caído en desgracia. Y con una profunda melancolía se dirigió a su cuarto, viéndose ya cesante cuando creía iba a probar la miel del éxito...

* * *

Al día siguiente Harper recibió un telegrama de Washington comunicándole que quedaba destituido ante su inmoral conducta. Y el pobre Harper experimentó una gran tristeza cuando aquella tarde asistió a la última fiesta en la que tomaba parte de modo oficial.

Era ya un embajador sin cartera, un hombre al que acababan de darle la dimisión.

Asistió a la fiesta que celebraban los niños exploradores, cuya entidad él había organizado.

A pesar de que la reina, el día anterior, le había manifestado que asistiría al desfile, se limitó a mandar un mensaje en el que hacía constar que "deseamos dar las gracias al embajador por haber organizado los niños exploradores, así como por su donativo de los uniformes, y sentimos que nuestras ocupaciones nos impidan darle audiencia".

El príncipe heredero, vestido de explorador, asistió al acto, y durante toda la revista permaneció serio y grave, sin decir nada al embajador. Pero éste, cuando ya la fiesta se dió por terminada, se acercó al príncipe y le habló cariñosamente:

—Solamente quería decirle adiós. Me marcho mañana.

El niño vaciló en contestar, pero al cabo dijo:

—Me dieron órdenes de no hablarle, pero no lo puedo remediar... ¿Por qué hizo usted sufrir a mi mamá? Está muy disgustada con usted.

—Bien sabe usted que soy incapaz de semejante cosa.

—¿De veras? Ya dije yo que no lo creía.

—Gracias por su confianza, señor. Cuando llegue a mi tierra le diré a Babe Buth qué le mande un retrato con su autógrafo.

Acudió el jefe de la casa militar, quien separó al príncipe del ex embajador, y cuando éste se disponía a regresar a la Embajada, vió al ex rey, quien le anunció que aquella noche se alzaba contra Polikoff.

—¡Ojalá la reina se ponga de mi parte!

—Yo estoy seguro de que ella os quiere, señor. Pero ¿no sabéis? La carta que me mandasteis me la robó la condesa de Falth. Y, además, me han destituido de mi cargo.

Y le explicó brevemente todo lo ocurrido.

—No se preocupe. Hombres como usted hacen falta en este país. La carta no tenía demasiada importancia. Esta noche será decisiva.

Y, en efecto, el ex rey, que contaba en su favor con una buena parte del ejército y con la simpatía y colaboración de la mayoría del pueblo, cansado de la tiranía de Polikoff, aquella noche se levantó en armas contra el Gobierno.

Harper había ido a despedirse del senador Pillsbury, y éste, que creyó en su lealtad, quiso acompañarle después hasta la Embajada. Pero ya en plena calle se encontraron con la desatada revuelta, con una verdadera explosión de fusilería. Tuvieron que refugiarse en un garage

y subieron al primer piso, donde, cerca de una ventana, presenciaron la sangrienta lucha por las calles.

Aquel piso abandonado había sido refugio de antiguos conspiradores monárquicos y todavía había en él unas cuantas armas. Pillsbury cogió uno de aquellos fusiles y apuntó a la calle, aunque sin disparar. El también era partidario del ex rey, deseando que cesara el régimen de Polikoff.

Pero en aquel instante entraron en el piso unas parejas de soldados, del bando de Polikoff, quienes al ver allí aquellos hombres armados, los esposaron entre sí, sin hacer caso de las alegaciones que hacían en su defensa.

—Tenemos órdenes de fusilar a todos los que encontremos con armas.

El ex embajador se entregaba a todos los demonios, y en vano pretendía que le salvase su situación de extranjero. Pero les obligaron a partir.

Ya en la escalera, aprovechando un momento de distracción de los soldados, que se detuvieron discutiendo, Harper y el senador lograron escapar, metiéndose en una taberna llena de gentío entusiasta en favor de la restauración y que odiaba a muerte a Polikoff.

Los dos hombres, ocultando su personalidad, temerosos de que les pudieran creer partidarios de Polikoff, ocuparon una de las mesas, ocultando discretamente sus esposas.

Pronto se recibieron noticias de que las tropas de Polikoff eran derrotadas y el entusiasmo aumentó en términos extraordinarios. Harper y su amigo se unieron al griterío popular y mostraron involuntariamente las esposas. Entonces

tuvieron que explicar, para vencer toda clase de recelos, lo que había ocurrido y cómo les habían apresado las fuerzas de Polikoff.

Se captaron instantáneamente la confianza general y aquella buena gente se dispuso a quitarles las esposas. A falta de llave, optaron partirlas con un hacha que un carnicero, tuerto por más señas, se dispuso a manejar con peligro de que en vez de cortar la cadena, cercenase las manos de los dos amigos.

—No pegues adonde estés mirando—le advirtió Harper.

Mas por fortuna no tuvo necesidad de usar el hacha, pues otro de aquellos hombres, haciendo alarde de puntería, disparó y la bala vino a cortar las esposas.

Libres ya, salieron a la calle, así como cuantos se hallaban en la taberna y que querían unirse al movimiento popular.

Entretanto, en palacio, la reina, a pesar de los recados que le había mandado el rey con el deseo de tener una entrevista que pusiera término a la situación, se negaba terminantemente a ello, temerosa, por otra parte, de incurrir en las iras del tirano Polikoff.

El príncipe, vestido de vaquero y deseoso de presenciar de cerca la lucha, quiso pelear también, y sin decir nada a nadie, salió cautelosamente de palacio, manejando un pequeño revólver de juguete. Mal lo hubiera pasado al ir por aquellas calles convertidas en campos de batalla, de no encontrarse con Harper, que le salvó providencialmente la vida al lanzar un lazo corredor contra un partidario de Polikoff que habiendo reconocido a aquel niño vestido de modo exótico, iba a disparar contra él.

Harper cogió en brazos al pequeñín y se lo llevó a la Embajada, en espera de los acontecimientos...

Una hora después la revolución estaba terminada, con la derrota y prisión de Polikoff y el consiguiente triunfo del rey, que ocupaba de nuevo el trono, aunque la reina mantenía su negativa a reconciliarse.

Harper y el senador se enteraron de todas aquellas noticias.

El hijito del rey quiso ir a palacio, pero Harper se lo impidió, rogándole que durmiese en la Embajada.

—¿Pero por qué no puedo ir a casa?

—Porque deseo que dos personas estén preocupadas por un poco de tiempo. Quizás así se reconcilien...

Y de esta manera ocurrió. La noticia de la desaparición del niño impresionó profundamente a sus padres, que, repentinamente unidos por el mismo dolor, parecieron dejar a un lado sus divergencias.

Y Harper fué al día siguiente a palacio a comunicar que en la Embajada se encontraba refugiado y gozando de perfecta salud el hijo de los reyes.

Y aquella buena nueva sirvió para hacer desaparecer todo recelo entre los dos esposos, que finalmente volvieron a reconciliarse.

—Fuimos víctimas de Polikoff, que ya recibirá su castigo... Yo siempre te he sido fiel. Jamás dejé de quererte. Por nuestro hijo te juro guardarte eterna fidelidad—dijo el monarca.

Y ella, que amaba al rey, le perdonó de todo corazón.

* * *

El país entró en un período de normalidad. Polikoff y la condesa fueron desterrados. Y se celebraron grandes fiestas con motivo del triunfo de la revolución.

El rey, agradecido a los buenos servicios de Harper, se manifestó dispuesto a firmar un tratado comercial en las mejores condiciones, y cuando el Gobierno americano se enteró de ello, retiró la destitución y confirmó a Harper otra vez en el cargo de embajador.

Harper fue aquella mañana a palacio y presenció el desfile de la guardia.

Antes de despedirse, la reina, que había recobrado en él por entero su confianza, pues la conducta de Harper había quedado plenamente justificada, dijo:

—Le esperamos en el gran desfile de esta tarde.

—Lo siento, señora, pero esta tarde no puede ser.

—¿Por qué?

—Tengo un compromiso. Le prometí a mi socio que iríamos a pescar.

—¿Y quién es su socio?

—Aquí está.

Y señaló al príncipe.

Los reyes besaron al niño y agradecieron a Harper las lecciones de humildad y de democracia que daba al que un día había de regir con simpático espíritu liberal la tierra de Sylvania.

Y ellos, los padres, se disponían, después de la reconciliación, a seguir el mismo ejemplo de generosidad.

F I N

¡Exija siempre las novelas cinematográficas de

Ediciones BISTAGNE

Acaba de aparecer en selectas **Ediciones Es-
peciales** la magnífica novela

AMARGO IDILIO

por CHARLES FARRELL y MADGE EVANS.

(Es un film FOX)

¡Haga sus encargos desde ahora mismo!

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Pida catálogos, GRATIS

Precio popular: 1 pta.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA